

La hija del lechero



LEGH RICHMOND (1772-1825)

La hija del lechero

Contenido

Prefacio.....	3
Una narración verídica.....	4
Al lector.....	39
Nota.....	41
Visitas a la Isla de Wight.....	41
Posdata.....	47

© Copyright 2002 Chapel Library; Pensacola, Florida. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Publicado originalmente en inglés bajo el título *The Dairyman's Daughter*. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: www.chapellibrary.org.

La hija del lechero

Prefacio

Hay muchos buenos libros, cuyo valor depende del contexto del pensamiento en boga en el momento de su primera publicación. Son como las primaveras que adornan los bosques y praderas, alegran durante unas pocas semanas y, luego, desaparecen. Pero, de cuando en cuando, un escritor siente en su corazón, su pluma y su alma, el impulso de narrar eventos de importancia eterna. Tal fue la inspiración que dominó el espíritu de Legh Richmond al dejar para la posteridad el relato de la vida de la hija del lechero. Su nombre, el ambiente en el que vivía, su conversión y su muerte, fueron relatados con tal poder que, antes de 1853, ya se habían vendido millones de ejemplares para satisfacer la demanda. Numerosos hombres, mujeres y niños aceptaron al Señor por este humilde medio.

Al recomendar esta nueva edición, daré sólo un ejemplo de un hombre que conoció la salvación por medio de la lectura de estas páginas.

Cierto clérigo que tenía un resentimiento contra los primeros publicadores del librito, consiguió un ejemplar con el único propósito de criticarlo y hacer públicos sus defectos. Pero, al ir leyendo, se fue interesando tanto en la historia y fue tan impactado por el poder de las verdades que contenía “que la pluma de la crítica cayó de su mano, su prejuicio se convirtió en admiración y fue agregado como otro trofeo a aquella gracia que había brillado tan

luminosamente en la vida y la muerte de la hija del lechero”¹.

Quiera Dios que muchos lean las páginas de esta nueva edición, lleguen a saber, como lo supo la hija del lechero, lo que significa “nacer de nuevo” y, al final, exclamar: *Victoria*.

— *Geoffrey Williams, Biblioteca Evangélica* (The Evangelical Library); *Londres, Inglaterra*.

Una narración verídica

Es una tarea fascinante analizar y descubrir las obras de la gracia divina, tal cual se manifiestan en el temperamento y la vida de los hijos verdaderos de Dios. Es especialmente grato, observar con cuanta frecuencia, entre las clases más pobres de la humanidad, brilla el sol de misericordia en el corazón y da testimonio de la imagen de Cristo que el Espíritu Santo ha colocado en él. Entre ellos, la sinceridad y sencillez del carácter cristiano no se ven estorbados por esos impedimentos a la espiritualidad de pensamiento y conversación que, tantas veces, representan un gran obstáculo para los que viven en las esferas más altas. Son muchas las dificultades que las riquezas, la alta sociedad, la importancia mundanal y las influencias ponen en el camino de la profesión religiosa. Hay felices excepciones —y conozco algunas de ellas— en que la gracia ha hecho frente a su conflicto con el orgullo natural, la auto-importancia, las tentaciones del lujo, las comodidades y las opiniones mundanas, logrando adornar al noble y poderoso con una auténtica pobreza de espíritu,

¹ GRIMSHAW, T.S. *Memorias de Legh Richmond* (Memoirs of Legh Richmond).

abnegación, humildad de pensamiento y un corazón profundamente espiritual.

Pero, en general, si queremos ver la religión en su expresión más pura, hemos de buscar entre los pobres de este mundo que son ricos en la fe. ¡Cuántas veces la cabaña del pobre, es el palacio de Dios! Muchos podemos declarar, realmente, que hemos aprendido allí nuestras más valiosas lecciones de fe y esperanza, y sido testigos allí de las demostraciones más extraordinarias de la sabiduría, el poder y la bondad de Dios.

La persona que la presente narración tiene el propósito de hacer conocer a mis lectores, es tomada *de la vida y circunstancias reales*. Supe de la hija del lechero al recibir una carta, parte de la cual transcribo del original, que tengo ante mi vista.

Reverendo Señor, me tomo la libertad de escribirle. Le ruego me disculpe porque nunca he hablado con usted personalmente, pero una vez lo escuché predicar en la iglesia de Arreton². Creo que usted es un predicador fiel, que advierte a los pecadores que huyan de la Ira que será revelada contra los que viven en pecado y mueren impenitentes.

Me alegró mucho oír de esas expresiones de amor y afecto que tuvo con aquel pobre soldado. Es indudable que el amor de Cristo lo envió a ese pobre hombre. Quiera Dios que ese amor siempre more ricamente en usted como resultado de su fe; que lo impulse a buscar las almas descarriadas de los hombres con el ferviente anhelo de darse y de ser usado para su Gloria.

² **Arreton** – Población y parroquia civil en la parte central oriental de la Isla de Wight, Inglaterra a unas 3 millas al sureste de Newport.

Señor, sea ferviente en orar a Dios pidiendo la convicción y conversión de los pecadores. Él ha prometido contestar la oración de fe que se eleva en el nombre de su Hijo. *“Pedid y se os dará”* (Mt. 7:7-11). Por nuestra fe en Cristo, nos regocijamos en la esperanza y alzamos nuestros ojos esperando ese tiempo que se acerca cuando todos conocerán y temerán al Señor, y cuando una nueva nación nacerá en un solo día.

¡Qué tiempo feliz cuando venga el reino de Cristo! Entonces, su voluntad será hecha en la tierra como en el cielo. Los hombres serán alimentados diariamente con el maná de su amor y se deleitarán en el Señor el día entero.

Señor, comencé a escribirle esto el domingo, en que no pude asistir al culto de adoración. Mi querida y única hermana, que vivía como sirvienta con la sra. _____, se encontraba tan enferma que vine aquí para trabajar en su lugar para atenderla a ella, pero ella ya ha partido.

Ella expresó el deseo de recibir la Cena del Señor y conmemorar su preciosa muerte y sus sufrimientos. Le expliqué, de la mejor manera que pude, lo que significa recibir a Cristo en su corazón; pero al debilitarse más su cuerpo, no volvió a mencionarlo. Parecía muy resignada antes de morir. Mi esperanza es que ha partido de un mundo de muerte y pecado para estar con Dios para siempre.

Mi hermana expresó el deseo de que usted la enterrara. El ministro de nuestra parroquia, donde ella será llevada, no podrá venir. Ella murió el martes en la mañana y será enterrada el viernes o sábado, según sea más conveniente para usted, a las tres de la tarde. Por

favor envíeme una respuesta con el portador de esta carta para saber si puede usted atender este pedido.

De su indigna sierva, *Elizabeth Wallbridge*.

Me impresionó el tono de devoción sencilla y sincera que trascendía su carta. La escritura y ortografía dejaban mucho que desear; pero esto tuvo el efecto de encariñarme con la escritora desconocida, pues parecía característica de una humilde condición, unida a una eminente piedad. Me sentí muy agradecido de haber sido favorecido por una corresponsal de esta talla y, más, porque personas así eran, en ese tiempo, muy escasas en el vecindario. En cuanto terminé de leerla, pregunté quién era su portador.

“Está esperando afuera, frente al portal, señor”, fue la respuesta.

Salí para hablar con él y vi a un anciano venerable, cuyo cabello largo y canoso, y su rostro surcado con profundas arrugas, inspiraban gran respeto. Su brazo y su cabeza descansaban sobre el portal; las lágrimas corrían por sus mejillas. Al acercarme, se inclinó ante mí y dijo:

“Señor, he traído una carta de mi hija; pero me temo que nos crea muy atrevidos al pedirle que se tome tanto trabajo”.

“De ninguna manera”, contesté; “con mucho gusto les ayudaré a usted y a cualquiera de su familia”.

Lo invité a pasar y luego pregunté: “¿Cuál es su ocupación?”

“Señor, he vivido la mayor parte de mis días en una pequeña cabaña en _____, a seis millas de aquí. He alquilado unos cuantos acres de terreno y criado algunas vacas, las que, además de mi trabajo diario, han sido mi recurso para mantener y criar a mi familia”.

“¿Qué familia tiene usted?”

“Mi esposa, que es muy anciana y no puede valerse por sí misma, dos hijos y una hija porque mi otra hija querida acaba de partir de este mundo de maldad”.

“Espero que para uno mejor”.

“Yo también lo espero. Pobrecita, no era buena como su hermana; pero creo que la forma como ésta le habló antes de morir, fue el medio para salvar su alma. ¡Qué bendición es tener una hija como la mía! Nunca pensé seriamente en mi propia alma hasta que ella, pobrecita, me rogó e insistió que huyera de la ira venidera”.

“¿Cuántos años tiene usted?”

“He cumplido los setenta y mi esposa es mayor que yo; estamos envejeciendo y casi no podemos trabajar, pero nuestra hija ha dejado un buen empleo como sirvienta con el propósito de regresar a casa y cuidarnos a nosotros y a nuestra pequeña granja lechera”.

“¿Ella fue siempre así?”

“No señor, cuando era muy joven vivía para el mundo y los placeres, y sus ropas y amigos. Todos éramos muy ignorantes y creíamos que si cumplíamos nuestras obligaciones en esta vida y no hacíamos mal a nadie, nos iríamos al cielo. Mis dos hijas eran obstinadas y, como nosotros, no conocían los caminos de Dios y la palabra de su gracia. Pero la mayor salió para trabajar en casa de una familia. Hace unos años, oyó un sermón predicado en la iglesia _____ y, desde entonces, hubo un cambio total en ella. Empezó a leer la Biblia y se convirtió en una mujer seria y confiable. Después de eso, la primera vez que regresó a casa, nos trajo el dinero que había ahorrado de su sueldo. Dijo que como estábamos envejeciendo, estaba segura que necesitábamos su ayuda, agregando que no quería gastarlo en ropas finas, como antes, para alimentar su orgullo y vanidad. Prefería demostrar su gratitud a sus

queridos padres y esto, dijo ella, era porque Cristo había sido misericordioso con ella”.

Siguió diciendo el anciano: “Nos maravillamos al oír la hablar y disfrutábamos inmensamente de su compañía porque su temperamento y conducta eran humildes y bondadosos, parecía tan deseosa de hacernos bien espiritual y materialmente, y estaba tan distinta de lo que había sido antes que, a pesar de ser descuidados e ignorantes, empezamos a pensar que en la religión debía haber algo real, pues de otra manera no hubiera podido cambiar tanto a una persona en tan poco tiempo.

“Su hermana menor, pobre alma, solía reírse y burlarse de ella en aquel entonces, y le decía que estaba trastornada debido a su nueva manera de ser. ‘No, hermana’, respondía ella, ‘No mi *cabeza*, pero espero que mi *corazón* sea apartado del amor al pecado y acercado al amor de Dios. Cuanto anhelo que un día tú puedas ver, como yo veo, el peligro y la vanidad de tu condición actual’.

“Su pobre hermana respondía: ‘No quiero escuchar nada de tu predicación; no soy peor que los demás y eso me basta’. ‘Bueno hermana’, le decía Elizabeth, ‘aunque no me escuches, no puedes impedirme que ore por ti, lo cual hago de todo corazón’.

“Y ahora señor, creo que esas oraciones han sido contestadas porque cuando su hermana cayó enferma, Elizabeth fue para remplazarla en su trabajo y cuidarla. Le habló mucho sobre su alma y la pobre muchacha empezó a sentirse profundamente afectada y sensible en cuanto a sus pecados pasados, y muy agradecida por la conducta bondadosa de su hermana que le daba muchas esperanzas. Cuando mi esposa y yo fuimos a verla, estando ella enferma en cama, nos dijo que triste y avergonzada se sentía de su vida pasada, pero dijo que tenía esperanza, por gracia, de que el querido Salvador de su hermana, sería también su

Salvador porque veía lo pecaminoso de su vida, sentía su propia impotencia y sólo anhelaba entregarse a Cristo como su esperanza y salvación.

“Y ahora señor, ella ha partido, y tengo la esperanza y creo que las oraciones a Dios, de su hermana, a favor de su conversión han sido contestadas. Quiera el Señor concederle lo mismo a su pobre padre y madre”.

La conversación fue un comentario muy positivo acerca de la carta que yo había recibido, y tuve el vivo deseo de aceptar el pedido y de poder conocer a quien la había escrito. Le prometí al bondadoso anciano lechero que me haría cargo del funeral el viernes, a la hora mencionada, y después de conversar un poco más sobre su propio estado de ánimo durante la prueba que estaba pasando, se retiró.

Era un anciano respetable, mejillas llenas de arrugas, cabello blanco, ojos llorosos, hombros encorvados y su débil caminar eran característicos del peregrino anciano y, al alejarse lentamente, apoyado en un bastón que parecía haber sido su compañero de muchos años, vinieron a mi mente una serie de reflexiones que recuerdo con emoción y agrado.

A la hora convenida llegué a la iglesia y, después de un rato, me llamaron para que recibiera, a la entrada del cementerio contiguo a la iglesia, una procesión fúnebre muy respetable. Los padres ancianos, el hermano mayor y la hermana, con otros familiares, formaban un grupo conmovedor. Me impresionó el semblante humilde, piadoso y atractivo de la joven de quien había recibido la carta. Muy serio, pero sin afectación y con mucha serenidad mezclada con un brillo de devoción. Durante el servicio fúnebre ocurrió un episodio que me parece oportuno mencionar.

Un hombre de la aldea, que hasta ese entonces había sido un personaje muy indiferente y hasta derrochador, se

acercó a la iglesia por pura curiosidad y sin otro propósito que mirar distraídamente. También fue hasta el cementerio y durante la ceremonia del entierro, algunas de las palabras que se expresaron, le produjeron una convicción profunda y seria de su pecado, y del peligro que su alma corría. Fue una impresión que nunca olvidó, sino que, gradualmente, maduró hasta dar las más satisfactoria evidencia de un cambio completo, del cual he tenido muchas pruebas a lo largo del tiempo. Siempre se refería a la ceremonia del entierro y, en particular, a ciertas frases expresadas en esa ocasión como el instrumento indubitable que lo llevó, por gracia, al conocimiento de la verdad.

Aquel día fue, por lo tanto, inolvidable. Recordado sea por quienes les encanta escuchar “los breves y sencillos anales de los pobres”.

¿No hubo acaso una feliz conexión manifiesta entre la circunstancia que trajo, providencialmente, a los comprometidos y a los indiferentes a la misma tumba aquel día? ¡Cuántos se pierden los que no reconocen la dirección de Dios, quien, en su providencia, forma la cadena de su propósito eterno de redención y gracia!

“Aunque lo infieles se burlen, nosotros adoremos”.

Después de concluida la ceremonia, tuve una breve conversación con el matrimonio anciano y su hija. Su aspecto y manera de hablar eran muy interesantes. Prometí visitarlos en su cabaña y, desde entonces, he llegado a conocerlos bien. Bendigamos al Señor por los pobres, y oremos continuamente que los pobres sean ricos en fe y que los ricos sean pobres en espíritu.

Una dulce solemnidad, a menudo nos embarga cuando recordamos nuestra relación y experiencias con amigos que han partido. ¡Cuánto más cuando se trata de aquellos que han vivido y han muerto en el Señor! El recuerdo de escenas y conversaciones del pasado con los que creemos

que disfrutaban ahora, sin interrupciones, la felicidad de un mundo mejor, llena el corazón con una dulce tristeza y anima el alma de esperanzada anticipación del día cuando la gloria del Señor sea revelada, y reúna a sus hijos y nos los separe jamás. El hecho de que fueran ricos o pobres sobre la tierra es de escasa importancia. La parte valiosa de su persona es que son ahora reyes y sacerdotes de Dios. Entre los muchos creyentes que han partido, con quienes disfrutaba conversar sobre la gracia y la gloria del reino de Dios, se encuentra la hija del lechero. Quiero ahora, contar más sobre ella con la esperanza de ser de ayuda a cada lector.

Unos días después del entierro de la hermana menor, fui a visitar a la familia en su propia cabaña. La parte principal del camino era angosta, solitaria, cubierta con un arco de nogales y otros árboles, que protegían al viajero de los rayos del sol y brindaba muchos interesantes motivos de admiración en los hermosos arbustos, flores y árboles jóvenes que crecían en las altas laderas a cada lado del camino. Muchas rocas toscas con pequeños hilos de agua que, ocasionalmente, brotaban de ellas, daban variedad al escondido paisaje y producían un efecto nuevo, romántico y placentero.

Aquí y allá la vista más distante y rica aparecía por los claros a los costados del camino. Altos cerros con señales marítimas, obeliscos y faros en sus cimas, aparecían en esos intervalos; se veían también los sanos sembradíos de maíz y, de cuando en cuando, el camino subía por algún cerro y aparecía, placenteramente ante mi vista, el mar y barcos a distintas distancias. Pero mayormente, la umbrosa³ reclusión y las bellezas de una naturaleza más pequeña y

³ **Umbrosa** – Sombría.

escondida, caracterizaban el camino e invitaban a la contemplación.

¡Cuánto se pierden los que nunca meditan sobre la maravilla y la hermosura de la naturaleza! ¡Cuán gloriosamente brilla el Dios de la creación en sus obras! No hay árbol, ni hoja, ni flor, ni pájaro, ni insecto que no proclame en términos radiantes: “Dios me hizo”.

Al acercarme a la aldea donde vivía el buen anciano lechero, lo vi en un pequeño campo guiando a sus vacas hacia un refugio al lado de su cabaña. Me acerqué a él, pero no me vio porque su vista no era buena. Cuando le dirigí la palabra, se sorprendió ante el sonido de mi voz, pero me recibió con alegría diciendo: “Dios lo bendiga señor, estoy muy contento de que haya venido; lo hemos esperado todos los días esta semana”.

Se abrió la puerta de la cabaña y salió la hija, seguida por su anciana y enferma madre. El verme les hizo recordar, naturalmente, la tumba junto a la cual nos habíamos conocido. Lágrimas de afecto se entremezclaron con la sonrisa de satisfacción con la que fui recibido por estos dignos aldeanos. Desmonté mi caballo y fui llevado a la casa, pasando por un pequeño jardín muy bien cuidado, parte del cual recibía la sombra de dos olmos que le cubrían. El decoro y la pulcritud exterior e interior eran notables.

Ésta, pensé, es una residencia adecuada para la piedad, la paz y el contentamiento. Que pueda yo aprender en esta visita, por medio de la bendición de Dios, una nueva lección sobre cada una de ellas.

“Señor”, dijo la hija, “no somos dignos de tenerlo bajo nuestro techo. Le agradecemos mucho que haya venido tan lejos para vernos”.

“Mi Señor”, contesté, “viajó mucho más lejos para visitarnos a nosotros, pobres pecadores. Dejó el seno de su

Padre, dejó a un lado su gloria y vino a este mundo en una visita de misericordia y amor por lo que, si profesamos seguirle, ¿no debemos cargar los unos con los padecimientos de los otros y dedicarnos a hacer el bien como lo hizo Él?”

Inmediatamente, entró el anciano, sumándose a su esposa e hija para darme una cordial bienvenida. Nuestra conversación pronto se concentró en la pérdida que recientemente habían sufrido; y la predisposición piadosa y sensible de la hija se manifestó, tanto en lo que decía a sus padres, como en lo que me decía a mí. Me impresionaron los modos sensatos y agradables que acompañaban sus expresiones de Dios y de amor a Cristo por las grandes misericordias con la cuales la había colmado. Parecía ansiosa de aprovechar al máximo mi visita y que también la aprovecharan sus padres. No obstante, no había nada de atrevimiento impropio, nada de egoísmo o engreimiento en su conducta. Unía la firmeza y sinceridad del cristiano con la modestia de la mujer y el sentido del deber de una hija. Era imposible estar en su compañía sin observar como su temperamento y conversación revelaban los principios evangélicos que profesaba.

Pronto descubrí cuánto se había esforzado para que su padre y su madre, llegaran al conocimiento y la experiencia de la verdad, y cuán exitosa había sido. ¡Esto es algo bello en el carácter de cualquier joven cristiano! Si Dios ha querido, en la libre dispensación de su misericordia, salvar por su gracia al hijo, mientras que los padres siguen en la ignorancia y el pecado, ¡cuán grande es la obligación de ese hijo de hacer todo lo posible para lograr la conversión de aquellos a quienes les debe el haber nacido! ¡Qué felicidad es cuando los lazos de la gracia santifican los de la naturaleza!

Era evidente que este matrimonio anciano consideraba a su hija como su maestra y exhortadora de las cosas divinas, a la vez que recibían cada gesto de su misión y obediencia filial, demostrado en sus continuos esfuerzos por servirles y ayudarles todo lo posible en las cosas del hogar.

La religión de esta joven era altamente espiritual y no obtenida comúnmente. Sus conceptos del plan divino para salvar al pecador eran claros y bíblicos. Habló mucho de las alegrías y las tristezas que había vivido en el transcurso de su desarrollo religioso, pero tenía plena conciencia de que la verdadera religión es mucho más que una mera transición esporádica de un estado de ánimo y espíritu a otro. Creía que el hecho de conocer por experiencia a Dios consistía, principalmente, en vivir en Cristo por fe, de tal manera que la llevara por amor a vivir como Él. Sabía que el amor de Dios por el pecador y la senda del deber prescrita para el pecador son inmutables. Por medio de una dependencia confiada en el uno y un andar efectivo en el otro, buscó y encontró “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento” (Fil. 4:7), “y hallareis descanso para vuestras almas” (Mt. 11:29).

Aunque había leído pocos libros aparte de la Biblia; estos eran excelentes, y hablaba de los mismos como quien sabía de su valor. Además de una Biblia y un *Libro de oración común*⁴ (Common Prayer-Book); *El ascenso y progreso de la religión en el alma* (The Rise and Progress of Religion in the Soul) de Philip Doddridge⁵; *La vida, el caminar y el triunfo de la fe* (Life, Walk and Triumph of

⁴ **Libro de oración común** – Escrito y autorizado por la Iglesia de Inglaterra para su uso en los servicios.

⁵ **Philip Doddridge (1702-1751)** – Pastor no conformista inglés; prolífico autor y escritor de himnos; nacido en Londres, Inglaterra.

Faith) de William Romaine⁶; *El progreso del peregrino* de John Bunyan⁷; *Una alarma para pecadores inconversos* (An Alarme to Unconverted Sinners) de Joseph Alleine⁸; *El descanso eterno de los santos* (Saints' Everlasting Rest) de Richard Baxter⁹; un himnario y algunos tratados, constituían la totalidad de su biblioteca.

⁶ **William Romaine (1714 - 1795)** – Teólogo evangélico de la Iglesia de Inglaterra. Fue autor de obras que, alguna vez, fueron muy consideradas por los evangélicos como la trilogía *La vida, el caminar y el triunfo de la fe* (The Life, the Walk, and the Triumph of Faith).

⁷ **John Bunyan (1628-1688)** – Pastor y predicador inglés y uno de los escritores más influyentes del siglo XVII. Autorpreciado de *El Progreso del Peregrino*, *La Guerra Santa*, *El Sacrificio Aceptable* y muchas otras obras. Nacido en Elstow, cerca de Bedford, Inglaterra. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

⁸ **Joseph Alleine (1634 -1668)** – Pastor no conformista inglés y autor de muchas obras religiosas. Fue expulsado, en 1662, como consecuencia de la *Ley de Uniformidad*, pero continuó predicando y, por ello, fue encarcelado, procesado en sesiones, intimidado y multado. Agotado por la persecución continua, murió en noviembre de 1668. Ningún nombre puritano no conformista es tan apreciado como el de Joseph Alleine. Su esposa y otras personas, escribieron un registro al cual titularon: *Un relato de la vida y muerte de ese excelente ministro de Cristo, el reverendo Joseph Alleine. Escrito por Richard Baxter, Theodosia Alleine y otras personas, a las que se añaden sus cartas cristianas*. Su obra más popular fue *Una alarma para pecadores inconversos* (An Alarm to Unconverted Sinners), publicada en Londres en 1672, y vuelta a reeditar en 1675 bajo el título: *Una guía segura al Cielo* (A Sure Guide to Heaven).

⁹ **Richard Baxter (1615-1691)** – Predicador y teólogo puritano inglés; nacido en Rowton, Shropshire, Inglaterra.

Noté cierta palidez y fragilidad en su semblante, que más adelante supe, eran presagio de tuberculosis. Se me ocurrió en ese momento, que no viviría muchos años. Efectivamente, plació a Dios llevársela un año y medio después de que la vi por primera vez.

El tiempo pasó volando en compañía de esta pequeña e interesante familia y, después de haber disfrutado de un simple y sano refrigerio, y de varias horas de conversación con ellos, me dispuse a emprender el camino de regreso a casa.

“Le agradezco señor”, dijo la hija, “por su amabilidad cristiana hacia mí. Siento que la bendición del Señor ha acompañado su visita. Mis queridos padres, estoy segura, la recordarán; y yo me gozo en esta oportunidad que nunca antes disfrutamos, de ver un pastor serio bajo este techo. Mi Salvador ha sido sumamente bueno conmigo al arrebatarme como un tizón encendido del fuego (Zac. 3:2) y mostrarme el camino de vida y paz, y es el anhelo de mi corazón vivir para su gloria. Pero anhelo ver también, a mis queridos padres disfrutar del consuelo y el poder de la religión”.

“Creo que es evidente”, contesté, “que la promesa se está cumpliendo en el caso de ellos; ‘al caer la tarde habrá luz’” (Zac. 14:7).

“Yo lo creo”, dijo ella, “y alabo a Dios por esa bendita esperanza”.

“Agradezca a Dios también, por haber sido usted el feliz instrumento que los acercó a la luz”.

“Sí señor, pero cuando pienso en mi propia falta de méritos e insuficiencia, me regocijo, aunque temblorosamente”.

“Señor”, dijo el buen anciano, “estoy seguro de que el Señor lo recompensará por su bondad. Ore por nosotros a fin de que, a pesar de lo ancianos que somos y lo pecadores

que hemos sido, tenga misericordia de nosotros en nuestra penúltima hora. La pobre Betsey se desvive por nosotros en cuerpo y alma. Trabaja duro todo el día para ahorrarnos problemas y me temo que no tiene las fuerzas para llevar adelante todo lo que hace; y después nos habla, nos lee y ora por nosotros, pidiendo que seamos salvos de la ira venidera. De veras señor, nuestra hija es una joya para nosotros”.

“Paz a ustedes y a todo lo que les pertenece”.

“Amén y gracias a usted querido señor”, dijeron todos, haciéndose eco de mis palabras.

Es así que, por esa vez, nos separamos. Mis pensamientos rumbo a casa fueron dulces y espero, provechosos. Realicé después, muchas otras visitas a esta tranquila cabaña y siempre encontré una razón para agradecer a Dios por las conversaciones que disfrutaba.

Pronto percibí que la salud de la hija declinaba rápidamente. La agravante y consumidora tuberculosis, que es el instrumento del Señor para quitar a tantos miles de la tierra de los vivientes todos los años, fue avanzando a pasos agigantados. Los ojos hundidos, la tos angustiosa y el enrojecimiento de las mejillas, presagiaban la proximidad de la muerte.

Muchas veces he pensado, cuántas oportunidades de ser útiles y brindar su afectuosa atención, tienen los pastores y amigos cristianos en los frecuentes ataques y el lento progreso de una enfermedad que consume. Cuántas preciosas oportunidades como esas se pierden a diario, donde la Providencia pareciera, de una manera tan clara, conceder tiempo y espacio para la instrucción seria y piadosa. De cuántos puede decirse: “No conocieron camino de paz” (Is. 59:8, Ro. 3:17), si un amigo no se hubiera acercado para advertirles que huyan de la ira venidera.

Pero felizmente, la hija del lechero había conocido las cosas relacionadas con su paz eterna antes de que la enfermedad se arraigara. Durante mis visitas, en realidad, yo recibía información en lugar de impartirla. Tenía atesoradas en su mente abundantes verdades divinas y su conversación era realmente edificante. Recordarlo, produce aun en mi corazón, un sentimiento de agradecimiento.

Cierto día recibí una breve nota que decía:

Apreciado señor, me alegraría mucho, si sus actividades le permiten que venga a visitar a una pobre pecadora indigna; mi tiempo se está acabando, pero creo que puedo pedirle a Cristo que sea misericordioso con mi alma. Su conversación con frecuencia me ha bendecido y ahora siento, más que nunca, la necesidad de esa bendición. Mi padre y mi madre envían sus respetuosos saludos.

De su sierva obediente e indigna,

Elizabeth Wallbridge.

Cumplí su pedido esa misma tarde. Al llegar a la cabaña del lechero, su esposa abrió la puerta. Las lágrimas caían copiosamente por sus mejillas y movió en silencio la cabeza en señal de resignación. Su corazón estaba conmocionado. Trató de hablar, pero no pudo. La tomé de la mano y dije:

“Mi buena amiga, todo está bien y tal como la sabiduría y la misericordia del Señor lo mandan”.

“Oh, mi Betsey, mi querida niña, está tan grave. Señor, ¿qué haré sin ella? Creía que yo sería la que iría primero a la tumba, pero...”

“Pero el Señor ha visto que es bueno antes de que usted partiera, que pudiera ver a su hija segura en la gloria. ¿Acaso no hay misericordia en esto?”

“Oh señor, soy muy anciana y estoy débil, y ella es una hija tan buena, el bastón y sostén de una pobre y vieja criatura como yo”.

Al entrar, vi a Elizabeth sentada en un sillón junto al fuego, sostenida por almohadas con todas las señales de un rápido deterioro y una muerte cercana. Me dio la impresión de que se encontraba a tres o cuatro semanas de su partida. Una dulce sonrisa de contentamiento iluminaba su semblante, al decir:

“Ha sido muy bondadoso de su parte señor, venir tan rápidamente. Estoy consumiéndome día a día y no me queda mucho tiempo aquí. Mi carne y mi corazón desfallecen, pero Dios es la fuerza de mi débil corazón y confío en que será mi porción para siempre”.

La siguiente conversación se veía interrumpida, ocasionalmente, por su tos y falta de aliento. Su tono de voz era claro, aunque débil; su porte solemne y sereno, y sus ojos, aunque más apagados que antes, no dejaban de avivarse cuando hablaba. Con frecuencia, había admirado el elevado nivel de lenguaje con que expresaba sus ideas, al igual que la coherencia bíblica con la que comunicaba sus pensamientos. Tenía una buena comprensión natural y, la gracia como por lo general sucede, la había mejorado. En esta ocasión, no pude menos que pensar que ella había sido particularmente favorecida. Toda la fuerza de la gracia y de la naturaleza, parecían estar en pleno ejercicio.

Después de tomar asiento entre la hija y la madre, esta última con sus afectuosos ojos puestos en su hija con gran ansiedad mientras conversábamos, le dije a Elizabeth:

“Espero que esté disfrutando de la presencia divina y que pueda descansar plenamente en Aquel que ha ‘estado

contigo' (1 Cr. 17:8), le ha guardado en todos los lugares donde ha estado (Gn. 28:15) y la llevará a la tierra de gozo donde los santos inmortales reinan”.

“Señor, lo estoy haciendo. Últimamente, mi mente, a veces, se ha nublado, pero creo que ha de ser, en parte, por la gran debilidad y el sufrimiento de mi cuerpo. Y, en parte, por la envidia de mi enemigo espiritual, quien quiere persuadirme de que Cristo no me ama y que me ha estado engañando”.

“¿Y hace usted caso a sus sugerencias? ¿Puede usted dudar ante tantas pruebas de misericordias pasadas y presentes?”

“No señor, estoy considerablemente capacitada para preservar una clara evidencia de su amor. No quiero agregar a mis otros pecados, el de negar su bondad manifiesta a mi alma. Lo reconozco para su alabanza y gloria”.

“¿Cómo considera el estado en el que se encontraba antes de que Él la llamara por su gracia?”

“Señor, yo era una chica orgullosa e irreflexiva, aficionada a los vestidos y a los lujos; amaba el mundo y las cosas que hay en el mundo (1 Jn. 2:15-16); vivía trabajando entre gente mundana y nunca tuve la felicidad de estar en una familia donde se adorara a Dios y donde el amo o su esposa tuvieran consideración de las almas de los sirvientes. Una vez, fui a la iglesia un domingo, más para ver y ser vista que para orar o escuchar la palabra de Dios. Me creía lo suficientemente buena como para necesitar ser salva y me desagradaban las personas religiosas y, a menudo, me burlaba de ellas. Estaba en una gran oscuridad; no sabía nada del camino de la salvación; nunca oraba, ni fui consciente del terrible peligro de vivir sin oración. Quería mantener mi reputación de una buena sirvienta y me animaba mucho cada vez que me elogiaban.

Por motivos carnales y razones sociales; era bastante moral y decente en mi conducta, pero yo era una extraña para Dios y Cristo; descuidaba mi alma y, si hubiera muerto en tal estado, el infierno hubiera sido con justicia mi porción”.

“¿Cuánto tiempo ha pasado desde que escuchó el sermón que, por medio de la bendición de Dios, produjo su conversión?”

“Fue hace unos cinco años”.

“¿Cómo sucedió?”

“Se comentaba que un señor _____, impedido por vientos contrarios de embarcarse como capellán con destino a una parte distante del mundo, iba predicar en la iglesia _____. Muchos me aconsejaron que no fuera a escucharlo, por temor a que pusiera ideas extrañas en mi cabeza, ya que, según ellos, las tenía. Pero la curiosidad y la oportunidad de aparecer con un vestido nuevo, del cual estaba muy orgullosa, me indujo a pedir permiso para asistir. De hecho señor, no tenía mejores motivos para asistir que mi vanidad y curiosidad. Sin embargo, así agradó al Señor ordenarlo de esta manera para su propia gloria”.

Siguió relatando Elizabeth: “Por consiguiente, fui a la iglesia donde se había reunido una gran concurrencia. A menudo, pienso en mis modos de pensar tan opuestos al empezar y terminar el servicio. Por un tiempo, sin prestar atención a la adoración a Dios, miraba a mi alrededor, ansiosa por atraer la atención. Mi vestido, como el de tantas alegres, vanidosas e insensatas muchachas, era muy distinto al que corresponde a una humilde pecadora que tiene un modesto sentido del decoro y la decencia. El estado de mi mente era bastante evidente por el tonto lujo de mi ropa.

“Por fin, el clérigo anunció su texto: ‘Revestíos de humildad’ (1 P. 5:5). Hizo una comparación entre la ropa

del cuerpo y la del alma. Al principio de su discurso, comencé a sentirme avergonzada por mi pasión por la ropa y los vestidos lujosos; pero cuando empezó a describir el vestido de salvación con el cual se viste un cristiano, por primera vez tuve un poderoso descubrimiento de la desnudez de mi propia alma. Vi que no tenía ni la humildad mencionada en el texto, ni nada del verdadero carácter cristiano. Miré mi alegre vestido y me sonrojé de vergüenza a causa de mi orgullo. Miré al ministro y pareció ser como un mensajero enviado del cielo para abrirme los ojos. Miré a la congregación y me pregunté si alguien más se sentiría como yo. Miré mi corazón y lo vi lleno de iniquidad. Yo temblaba mientras él hablaba y, sin embargo, mi corazón sentía una gran atracción por las palabras que él pronunciaba.

“Expuso las riquezas de la gracia divina a través del método de Dios para salvar al pecador. Me sentí consternada por lo que había hecho todos los días de mi vida. Describió el ejemplo manso, modesto y humilde de Cristo. Me sentía orgullosa, altanera, y vana. Él presentó a Cristo como ‘Sabiduría’ y me di cuenta de mi ignorancia. Lo presentó como ‘Justicia’ y yo estaba convencida de mi propia culpa. Él demostró que era ‘Santificación’ y yo vi mi corrupción. Lo proclamó como ‘Redención’ y yo sentí mi esclavitud al pecado y mi cautividad bajo Satanás (1 Co. 1:30). Concluyó con un animado discurso a los pecadores, en el que los exhortó a huir de la ira venidera, a despojarse del amor por los ornamentos externos, a vestirse de Cristo y a revestirse de verdadera humildad (Mt. 3:7, Col. 3:8-10, 1 P. 5: 5).

“Desde esa hora, nunca perdí de vista el valor de mi alma y el peligro de un estado pecaminoso. Interiormente, bendecía a Dios por el sermón, aunque mi mente se encontraba en un estado de gran confusión.

“El predicador había expuesto la pasión dominante de mi corazón, que era el orgullo por la apariencia exterior y, por la gracia de Dios, fue el instrumento para despertar mi alma. Feliz, señor, sería yo si muchas muchachas pobres como yo, se apartaran del amor por los adornos exteriores y por vestir ropas lujosas para buscar ‘el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios’ (1 P. 3:4).

“La mayor parte de la congregación, que no estaba acostumbrada a sermones tan fieles y bíblicos, se disgustó y se quejó de la severidad del predicador; mientras que unos pocos, según supe después, como yo, estaban profundamente afectados y deseaban, sinceramente, volver a escucharlo, pero no volvió a predicar allí.

“Desde ese momento, fui guiada, por medio de un proceso de oración privada, lectura y meditación, a ver mi estado perdido como pecadora y la gran misericordia de Dios, a través de Jesucristo, al levantar polvo y cenizas de pecado para compartir la gloriosa felicidad del cielo. Y, oh señor, ¡qué Salvador he encontrado! Es más de lo que hubiera podido pedir o desear. En su plenitud, he encontrado todo lo que mi pobreza podía necesitar; en su seno he encontrado un lugar de descanso de todo pecado y dolor; en su Palabra he hallado fuerza contra la duda y la incredulidad”.

Dije yo: “¿No se convenció pronto de que su salvación debió ser un acto de plena gracia de parte de Dios, totalmente independiente de sus propias obras o merecimientos anteriores?”

“Estimado señor, antes de escuchar aquel sermón, ¿cómo eran mis obras, sino malvadas, carnales, egoístas e impías? Los pensamientos de mi corazón desde mi juventud en adelante, fueron siempre pura maldad. Y mis méritos, ¿qué eran, sino los méritos de un alma caída,

depravada y descuidada que no considera ni la ley ni el evangelio? Sí señor, enseguida vi que, si alguna vez era salva, debía ser por la misericordia gratuita de Dios, y que toda la alabanza y el honor de la obra serían suyos de principio a fin”.

“¿Qué cambio notó en usted misma con respecto al mundo?”

“Parecía todo vanidad y aflicción de espíritu. Encontré necesario para mi tranquilidad, ‘salir de entre ellos y separarme’. Me entregué a la oración y disfruté de muchas horas preciosas de secreto deleite en comunión con Dios. A menudo, me lamenté por mis pecados y, en algún momento, tuve un gran conflicto debido a la incredulidad, el temor, la tentación de volver a mis viejos caminos y una variedad de dificultades que se interponían en mi camino. Pero Aquel que me amó con amor eterno, me atrajo con su bondad amorosa, me mostró el camino de la paz, me fortaleció gradualmente en mis propósitos de llevar una nueva vida y me enseñó que sin Él no podía hacer nada, pero con su poder, podía hacerlo todo”.

“¿Encontró muchas dificultades en su situación, debido a su manera de ser y de actuar?”

“Sí señor, todos los días de mi vida. Algunos se reían de mí, otros me regañaban, los enemigos me despreciaban y mis amigos me tenían lástima. He sido llamada hipócrita, santa, falsa engañadora y muchas otras cosas que pretendían hacerme antipática ante los ojos del mundo, pero estimé el oprobio de la cruz como un honor. Perdoné y oré por mis perseguidores, y recordé cuán recientemente había actuado de la misma manera hacia otros. También pensé que Cristo soportó la oposición de los pecadores y, como el discípulo no es mayor que su Maestro, me alegré de estar de alguna manera conforme a sus sufrimientos”.

“¿Pensó en aquel entonces en sus familiares en casa?”

“Sí señor, de hecho lo hice. Nunca estuvieron fuera de mis pensamientos. Oraba continuamente por ellos y tenía un gran deseo de hacerles el bien. Pensaba, especialmente, en mi padre y mi madre porque eran ya de edad avanzada, y eran muy ignorantes y ciegos en lo que respecta a la religión”.

“Ay”, interrumpió su madre sollozando, “ignorantes y en tinieblas, pecadores y miserables éramos hasta que esta querida Betsey —esta querida Betsey— esta querida niña, señor, trajo a Cristo Jesús a la casa de su pobre padre y madre”.

“No, querida madre, di más bien que Cristo Jesús trajo a tu pobre hija a casa para contarte lo que había hecho por su alma y espero que para hacer lo mismo por las vuestras”.

En ese momento, entró el lechero con dos baldes de leche colgando del yugo sobre sus hombros. Había estado de pie detrás de la puerta entreabierta durante unos minutos y escuchó las últimas frases pronunciadas por su esposa e hija.

“Bendición y misericordia para ella”, dijo él. “Es muy cierto; estuvo dispuesta a dejar un buen trabajo para vivir con nosotros, a fin de ayudarnos, en cuerpo y alma. Señor, ¿no se ve muy enferma? Creo señor, que no la tendremos aquí por mucho tiempo”.

“Deje eso al Señor”, dijo Elizabeth. “Todos nuestros tiempos están en sus manos y bueno es que lo estén. Estoy dispuesta a partir. ¿No está dispuesto padre mío, a separarse de mí y dejarme en las manos de quien me entregó a ti al principio?”

“Hazme cualquier pregunta en el mundo que no sea esa”, dijo el padre llorando.

“Sé que quieres que yo sea feliz”, dijo ella.

“Sí quiero, sí quiero”, respondió él. “¡Dejemos que el Señor haga contigo y con nosotros como mejor le agrade!”

Entonces, le pregunté a ella de qué dependían, principalmente, sus actuales consuelos, ante la perspectiva de la muerte inminente.

“Enteramente señor, de mi perspectiva de Cristo. Cuando me miro a mi misma, mis muchos pecados, debilidades e imperfecciones empañan la imagen de Cristo que quiero ver en mi corazón. Pero cuando fijo mis ojos en el Salvador mismo, es absolutamente adorable. No hay una sola mancha en su rostro, ni una sola nube sobre todas sus perfecciones.

“Medito en su venida en la carne y me reconcilia con los sufrimientos del cuerpo porque, como yo, Él también los tuvo. Pienso en sus tentaciones y creo que Él puede socorrerme cuando soy tentada. Luego, pienso en su cruz y aprendo a cargar la mía. Reflexiono sobre su muerte y anhelo morir al pecado para que ya no tenga dominio sobre mí. A veces, pienso en su resurrección y confío en que me ha dado una parte en ella porque siento que mis afectos están puestos en las cosas de arriba. Principalmente, me consuela pensar en Él a la diestra del Padre, abogando por mi causa y haciendo aceptables, aún mis débiles oraciones, tanto por mí y, espero, por mis queridos amigos.

“Estas son las opiniones que, por misericordia, tengo de la bondad de mi Salvador y me han hecho desear y esforzarme en mi pobre manera de servirle, de entregarme a Él y de trabajar para cumplir con mi deber en ese estado de vida al que le ha agradado llamarme.

“Mil veces me habría caído y desmayado si Él no me hubiera sostenido. Siento que no soy nada sin Él. Él es todo en todo.

“En la medida en que pueda poner mi carga sobre Él, encuentro la fuerza para hacer su Voluntad. Quiera darme la gracia de confiar en Él hasta el último momento. No le temo a la muerte porque creo que Él le ha quitado su

aguijón. Y, ¡oh, cuanta felicidad en el más allá! Dígame señor, si cree que tengo razón. Espero no estar abrigando una falsa ilusión. No me atrevo a buscar mi esperanza en nada que no sea la plenitud total de Cristo. Cuando le hago una pregunta a mi propio corazón, tengo miedo de confiar en él porque es traicionero y, a menudo, me ha engañado. Pero cuando le pregunto a Cristo, Él me responde con promesas que me fortalecen y renuevan, y no me dejan lugar para dudar de su poder y voluntad de salvar. Estoy en sus manos y allí permaneceré; y creo que nunca me dejará ni me abandonará, sino que perfeccionará lo que a mi concierne. Él me amó y se entregó a sí mismo por mí, y, en sus dones y su llamado, no existe arrepentimiento. En esta esperanza vivo y en ésta deseo morir”.

Miré a mi alrededor mientras ella hablaba y pensé: Ciertamente ésta es casa de Dios y puerta del cielo (Gn. 28:17). Todo se veía pulcro, limpio e interesante. La tarde había estado bastante nublada con oscuros nubarrones; pero justo en ese mismo momento, el sol poniente brilló con fuerza en la habitación. Se reflejó sobre tres o cuatro hileras de brillantes platos de peltre y loza blanca colocados en estantes contra la pared. También iluminó unas láminas de temas sagrados que colgaban allí y recordaban el nacimiento, bautismo, crucifixión y resurrección de Cristo. Un gran mapa de Jerusalén y una expresión figurativa del “hombre viejo y del hombre nuevo”, completaban la decoración de ese lado de la habitación. La pared encalada estaba limpia, pero no más limpia que el resto del lugar y sus muebles. Rara vez, ha brillado el sol en una casa donde el orden y la pulcritud general —aquellas muestras seguras de una pobreza piadosa y decente— fueran más evidentes.

Este destello del sol poniente era un emblema brillante y sereno del tiempo de partida de esta joven cristiana. Un rayo se reflejaba en un pequeño espejo sobre el rostro de la joven. Su semblante pálido y decaído, proyectaba una

conformidad tranquila, una confianza triunfante, una sencilla humildad y una tierna ansiedad que mostraban plenamente los sentimientos de su corazón.

Un rato más de afectuosa conversación y una breve oración dieron fin a esta visita.

Mientras cabalgaba a casa al atardecer, reinaba una solemne tranquilidad en toda la escena. El suave mugido del ganado, el balido de las ovejas recién encerradas en sus rediles, el zumbido de los insectos de la noche, el lejano murmullo del mar, las últimas notas de las aves del día y los primeros trinos del ruiseñor, llegaron a mis oídos y sirvieron para aumentar la tranquila serenidad de la noche y los correspondientes efectos sobre mi mente. Me impulsaron a meditar y atesorar las reflexiones que mi visita ya había inspirado. El paisaje natural, cuando se ve a través de un lente cristiano, ofrece con frecuencia, ilustraciones muy hermosas de las verdades divinas. Somos muy favorecidos cuando podemos disfrutarlos y, al mismo tiempo, acercarnos a Dios por medio de ellos.

Poco después, recibí un llamado urgente para informarme que mi joven amiga se estaba muriendo. Lo trajo un soldado, cuyo semblante denotaba seriedad, sentido común y piedad.

“He sido enviado señor, por el padre y la madre de Elizabeth Wallbridge, a petición particular de ella, para decirle cuánto desean verle. Ella está partiendo a su *hogar* señor, muy rápido, de hecho”.

“¿La conoce desde hace mucho tiempo?”, le pregunté.

“Hace cerca de un mes señor. Me gusta visitar a los enfermos y, al escuchar de su caso por medio de una persona seria que vive cerca de nuestro campamento, fui a verla. Bendigo a Dios por haberlo hecho. Su conversación me ha resultado muy provechosa”.

“Me alegro”, dije, “de ver en usted, como confío, a un *hermano soldado*. Aunque servimos en diferentes regimientos en esta tierra, espero que sirvamos bajo el mismo Capitán espiritual. Iré con usted”.

Mi caballo estuvo listo pronto. Mi compañero militar caminaba a mi lado y disfrutaba de su conversación muy sensata y piadosa. Relató algunos testimonios notables de la excelente disposición de la hija del lechero que le impresionaron en sus recientes conversaciones con ella.

“Es un diamante refulgente señor”, dijo el soldado, “y pronto brillará más que cualquier diamante sobre la tierra”.

La conversación acortó el camino y el tiempo de nuestro viaje hasta casi llegar a la cabaña del lechero.

A medida que nos acercábamos, guardamos silencio. Pensamientos de muerte, eternidad y salvación, inspirados por la vista de una casa donde yacía un creyente moribundo, llenaron mi propia mente y, no lo dudo, la de mi compañero también.

No vimos ningún ser viviente, excepto el perro del lechero, guardando silenciosamente la puerta y no ladró como antes, cuando me acerqué. Parecía participar de los sentimientos apropiados a las circunstancias de la familia, no queriendo alararlos innecesaria y dolorosamente. Se nos acercó cuando llegamos al pequeño portal. Luego, volvió la cabeza para mirar la puerta de la casa como si tuviera consciencia de la tristeza que allí reinaba. Era como si quisiera decir: “Pisen suavemente el umbral al entrar en la casa del duelo porque el corazón de mi amo está lleno de tristeza”.

Una solemne serenidad pareció envolver todo el lugar. Sólo era interrumpido por la brisa que atravesaba los grandes olmos que se alzaban cerca de la casa y que pensé, se asemejaban a suspiros de tristeza. Abrí suavemente la

puerta; nadie apareció y todo estaba en silencio. El soldado me siguió y llegamos al pie de las escaleras.

“Ya llegaron”, dijo una voz que reconocí como la del padre; “Ya llegaron”.

Apareció en la parte superior de la escalera. Le extendí la mano sin decir nada. Al entrar en la habitación de arriba, vi a la anciana madre y a su hijo sosteniendo a la amada hija y hermana; la esposa del hijo estaba sentada llorando en el sillar de la ventana, con un niño en su regazo. Había dos o tres personas más en la habitación listas para desempeñar cualquier oficio que la amistad o la necesidad requirieran.

Me senté junto a la cama. La madre no podía llorar, pero, de vez en cuando, suspiraba profundamente, y nos miraba a Elizabeth y a mí, alternadamente. El rostro del hermano estaba inundado de lágrimas, testimonio del afecto que sentía. El buen anciano se paró a los pies de la cama, apoyado en el poste, incapaz de apartar la vista de su hija de la cual muy pronto se separaría.

Elizabeth tenía los ojos cerrados y todavía no se había percatado de mi presencia. Pero sobre su rostro, aunque pálido, abatido y vacío, “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento” (Fil. 4:7), proyectaba una calma triunfante.

Después de una breve pausa, el soldado extendió, silenciosamente, su Biblia hacia mí, señalando con su dedo a I Corintios 15:55-57. Entonces, rompí el silencio leyendo el pasaje: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Más gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

Al oír estas palabras, sus ojos se abrieron y algo parecido a un rayo de luz divina brilló en su rostro,

mientras decía: “¡Victoria, victoria! por nuestro Señor Jesucristo”.

Volvió a perder el sentido, sin prestar más atención a los presentes.

“Alabado sea Dios por el triunfo de la fe”, dije.

“Amén”, respondió el soldado.

El lechero levantó la vista al cielo en un amén de su corazón, aunque su lengua no pudo pronunciarlo.

La joven moribunda hizo un breve esfuerzo por respirar, que pronto pasó y, luego, le dije: “Mi querida amiga, ¿no se siente sostenida?”

“El Señor me trata muy gentilmente”, respondió ella.

“¿No le son ahora muy preciosas sus promesas?”

“Sí, todas ellas son sí y amén en Cristo Jesús” (2 Co. 1:20).

“¿Tiene mucho dolor físico?”

“Tan poco que casi lo olvido”.

“¡Qué bueno es el Señor!”

“¡Y cuán indigna soy yo!”

“Lo verá tal como es”.

“Pienso, espero y creo que sí”.

Ella volvió a caer en un breve sueño.

Mirando a su madre, le dije: “¡Qué misericordia tener una hija tan cerca del cielo como lo está la suya!”

“¡Y qué misericordia, si su pobre y vieja madre pudiera seguirla hasta allí! Pero señor, es tan difícil separarse”, respondió ella con un tono quebrantado.

“Espero que por la gracia, por la fe, pronto se encontrarán, para no separarse más; falta sólo un poco de tiempo”.

“Señor”, dijo el lechero, “ese pensamiento me fortalece y la bondad del Señor me hace sentir más reconciliado de lo que estaba”.

“Padre, madre”, dijo la hija reanimada, “Él es bueno conmigo; confíen en Él, alábenlo eternamente”.

“Señor”, añadió ella con voz débil, “quiero agradecerle su amabilidad... quiero pedirle un favor;... usted enterró a mi hermana... ¿hará lo mismo por mí?”

“Todo se hará como usted desea, si Dios lo permite”, respondí.

“Gracias señor, gracias. Tengo otro favor que pedir: Cuando me haya ido, acuérdesse de mi padre y de mi madre. Son ancianos, pero espero que la buena obra ya haya comenzado en sus almas. Mis oraciones son escuchadas... Oren, venga a verlos... No puedo hablar mucho, pero quiero hablar por ellos. Señor, recuérdelos”.

Los ancianos padres, ahora suspiraron y sollozaron en voz alta, pronunciando oraciones entrecortadas, y se sintieron aliviados por esa expresión de sus sentimientos.

Por fin, le dije a Elizabeth: “¿Experimenta dudas o tentaciones sobre el tema de su seguridad eterna?”

“No señor; el Señor me trata muy gentilmente y me da paz”.

“¿Qué piensa del oscuro valle de sombra de muerte (Sal. 23:4), ahora que está pasando a través de él?”

“No está oscuro”.

“¿Por qué?”

“Mi Señor está allí y Él es mi luz y mi salvación” (Sal. 27:1).

“¿Tiene algún temor de más sufrimiento corporal?”

“El Señor me trata con tanta gentileza que puedo confiar en Él”.

Se produjo en ella una especie de convulsión. Cuando pasó, dijo una y otra vez:

“El Señor me trata muy gentilmente. Señor, tuya soy, sálvame... Bendito Jesús... Bendito Salvador... Su sangre limpia de todo pecado (1 Jn. 1:7)... ¿Quién nos separará? (Ro. 8:35)... Su nombre es maravilloso... Gracias a Dios... Él nos da la victoria (1 Co. 15:57)... Yo, incluso yo, soy salva... Oh gracia, misericordia y maravilla: Señor, recibe mi espíritu (Hch. 7:59).

“Estimado señor... querido padre, madre, amigos, me voy... pero todo está bien, bien, bien...”

Ella recayó de nuevo. Nos arrodillamos para orar. El Señor estaba en medio de nosotros y nos bendijo.

No volvió a recobrar el sentido mientras yo permanecí allí, ni volvió a pronunciar palabras que pudieran entenderse. Durmió unas diez horas y, al final, se durmió dulcemente en los brazos del Señor que la había tratado con tanta gentileza.

Salí de la casa, una hora después de que ella dijera sus últimas palabras. Le apreté la mano mientras me despedía y le dije: “Cristo es la resurrección y la vida” (Jn. 11:25).

Ella apretó suavemente mi mano, pero no pudo abrir los ojos ni pronunciar una respuesta. Nunca antes había presenciado una escena tan impresionante como ésta. Llenó completamente mi mente cuando regresé a casa.

Pensé: Adiós querida amiga, hasta que volvamos a encontrarnos en la mañana de un día eterno. Fue usted un tizón arrebatado del fuego (Zac. 3:2) para que pudiera convertirse en una estrella que brilla en el firmamento de la gloria. He visto la luz y sus buenas obras y, por lo tanto, glorificaré a nuestro Padre que está en los cielos. He visto en su ejemplo lo que es ser un pecador salvado por la sola gracia. De usted he aprendido, como en un espejo viviente, quién es el que comienza, continúa y completa la obra de

fe y amor. Jesús es el todo en todo; Él quiere y será glorificado. Él obtuvo la corona y sólo Él merece lucirla. Que nadie intente robarle su gloria; Él salva y salva hasta lo sumo. Adiós querida hermana en el Señor. Su carne y su corazón pueden desfallecer; pero Dios es la fortaleza de su corazón y será su porción para siempre.

Pronto me llamaron para encargarme del funeral de mi amiga, quien expiró su último aliento poco después de mi visita. Muchos pensamientos placenteros, pero melancólicos estaban relacionados con el cumplimiento de esta tarea. Recordé las numerosas e importantes conversaciones que había tenido con ella. Pero estas ahora ya no podían llevarse a cabo en la tierra. Reflexioné sobre la naturaleza interesante y edificante de las amistades cristianas, ya sea que se establezcan en palacios o en cabañas; y me sentí agradecido por haber disfrutado tanto tiempo de ese privilegio con objeto de este memorial. Por un momento, suspiré, al pensar que ya no podría escuchar las grandes verdades del cristianismo pronunciadas por alguien que había bebido tan profundo de las aguas de la vida. Pero acallé mi inquietud con este pensamiento alentador: “Ella se ha ido a su descanso eterno, ¿realmente desearía que regresara a este valle de lágrimas?”

Mientras viajaba hacia la casa donde yacían sus restos en solemne preparación para la tumba, escuché el primer repique de una campana. Procedía de la iglesia de una aldea en el valle, al pie de la ladera de una alta colina por la cual pasaba;... la campana anunciaba el funeral de Elizabeth. Era un sonido solemne, pero parecía proclamar, a la vez, la bienaventuranza de los muertos que mueren en el Señor y la necesidad de que los vivos mediten sobre estas cosas y las pongan en su corazón.

Al entrar en la cabaña, encontré varios amigos cristianos de los alrededores, reunidos para mostrar su

último homenaje de estima y respeto a la memoria de la hija del lechero.

Se me pidió que entrara en la habitación donde estaban los familiares y algunos otros amigos para ver por última vez los restos de Elizabeth.

Si hay un momento en el que Cristo y la salvación, la muerte, el juicio, el cielo y el infierno son, más que nunca, temas trascendentales de meditación, es el que nos lleva junto al ataúd que contiene el cuerpo de un creyente fallecido.

Las facciones de Elizabeth no eran las mismas de siempre, pero se mantuvo gran parte de su parecido. Su padre y su madre estaban sentados a la cabecera, su hermano al pie del ataúd, manifestando su fortaleza y sincero dolor. La debilidad y las dolencias de la vejez se sumaban al dolor de sus padres, quienes necesitaban mucha ternura y compasión.

Una mujer de aspecto notablemente decente, quien estaba a cargo de las pocas ceremonias sencillas, pero solemnes, que el caso requería, avanzó hacia mí diciendo:

“Señor, esto es más una ocasión de gozo que de dolor. Nuestra querida amiga Elizabeth así lo estima, no tengo ninguna duda. Ella está más allá de todo dolor. ¿No lo cree usted, señor?”

“Después de lo que he conocido, visto y oído, respondí, estoy absolutamente seguro de que, aunque su cuerpo permanece aquí, su alma está con su Salvador en el paraíso. Ella lo amaba *aquí* y *allá* disfruta de los placeres que están a su diestra para siempre”.

“Misericordia, misericordia por una pobre anciana, casi quebrantada por la edad y el dolor. ¿Qué he de hacer? Betsey se ha ido, mi hija está muerta. ¡Oh, hija mía, no volveré a verte nunca más! ¡Dios, ten misericordia de mí, pecadora!”, sollozaba la pobre madre.

“Esa última oración, mi querida y buena señora”, dije, “las reunirá de nuevo. Es el clamor que ha llevado a miles a la gloria. Llevó a su hija allí y espero que también los lleve a ustedes. Él no echará fuera a los que a Él vienen” (Jn. 6:37).

“Querida”, dijo el lechero, rompiendo el largo silencio que había mantenido, “confiemos a Dios nuestra hija y confiemos en Él para nuestra propia salvación. El Señor dio y el Señor quitó; sea el nombre del Señor bendito (Job 1:21). Somos viejos y nos queda poco camino para recorrer, y luego...” No pudo decir más.

El soldado antes mencionado, tomó una Biblia, la puso en mi mano y dijo: “Tal vez señor, usted no tendrá ninguna objeción en leer un capítulo antes de que vayamos a la iglesia”.

Así lo hice; se trataba del capítulo catorce del libro de Job. Una dulce tranquilidad prevaleció mientras lo leía. Cada minuto que pasaba en esta habitación fúnebre parecía ser valioso. Hice algunas observaciones sobre el capítulo y las relacioné con el caso de nuestra hermana fallecida.

“No soy más que un pobre soldado”, dijo nuestro amigo militar, “y no tengo nada de los bienes de este mundo más allá de mi subsistencia diaria; pero no cambiaría mi esperanza de salvación en el mundo venidero por todo lo que este mundo podría otorgar sin ella. ¿Qué son las riquezas sin la gracia? Bendito sea Dios, mientras camino de un lado a otro, sigo encontrando al Señor dondequiera que voy y, gracias a su santo nombre, Él está hoy aquí en medio de esta compañía de vivos y muertos. Siento que es bueno estar aquí”.

Algunas otras personas presentes comenzaron a tomar parte en la conversación, en el transcurso de la cual, la vida y la experiencia de la hija del lechero, se enfatizaron de una manera muy interesante; cada amigo tenía algo que contar

como testimonio de su amable personalidad. Una pariente lejana, una mujer joven menor de veinte años, que hasta ese momento había tenido un carácter muy ligero y trivial, pareció sorprenderse notablemente, por la conversación de ese día y, desde entonces, he tenido motivos para creer que la gracia divina comenzó a influir en ella en la elección de la mejor parte la cual no le será quitada (Lc. 10:42).

¡Qué contraste hace una escena como ésta, cuando se compara con la manera aburrida, frío, poco edificante y, a menudo, indecente, en la que se reúnen los participantes de funerales en la casa de la muerte!

Pero el momento de partir hacia la iglesia había llegado. Me acerque por última vez a Elizabeth. Había mucho escrito en su rostro, evidentemente, se había ido con una sonrisa. Todavía permanecía, reflejando la tranquilidad de su alma al partir. Según la costumbre del lugar, la engalanaron con hojas y flores en el ataúd; de hecho eran flores que se marchitarían, pero me recordaron ese paraíso, cuyas flores son inmortales y donde descansa su alma eterna.

Recordé las últimas palabras que le había oído decir y, al instante, me asaltó el feliz pensamiento de que sorbida es la muerte en victoria (1 Co. 15:54).

Mientras me retiraba lentamente, dije interiormente: Paz honorable hermana mía, a *su* memoria y a *mi* alma, hasta que nos encontremos en un mundo mejor.

En poco tiempo se formó la procesión; se hizo más interesante porque los tantos que siguieron al ataúd eran personas verdaderamente serias y espirituales.

Después de haber avanzado unas cien yardas, mi meditación fue, inesperada y muy agradablemente, interrumpida por los amigos que seguían a la familia y comenzaban a cantar un salmo fúnebre. Nada podría ser más dulce o solemne. El conocido efecto del aire libre al

suavizar y mezclar los sonidos de la música, se sintió aquí de manera peculiar. El camino por el que pasamos era hermoso y romántico; estaba al pie de una colina que, ocasionalmente, hacía eco de las voces de los cantantes y parecía dar débiles respuestas a las notas de los dolientes. Se escuchaba claramente, el doblar de la campana desde la torre de la iglesia, lo cual aumentó en gran medida el efecto que produjo este sencillo y apropiado servicio.

No puedo describir mi estado de ánimo al conectarme de una manera peculiar con los solemnes cantos. Nunca presencié un caso similar antes o después. Recordé los tiempos de antaño y la piedad antigua. Deseé que la práctica fuera más frecuente. Parece bien calculada para incitar y apreciar la devoción y los afectos religiosos.

Cuando finalmente llegamos a la iglesia. El servicio fue escuchado con una profunda y afectuosa atención. Al llegar a la tumba, se cantó el himno que Elizabeth había seleccionado. Todo era devoto, sencillo, decente, alentador. Entregamos el cuerpo de nuestra querida amiga a la tumba, con la plena esperanza de una gozosa resurrección de entre los muertos.

Así, el velo de la separación se corrió por una temporada. Ella ha partido y no la veremos más, pero ella *será* vista a la diestra de su Redentor en el último día y volverá a aparecer para su gloria, milagro de gracia y monumento de misericordia.

Al lector

Lector mío, rico o pobre, ¿apareceremos usted y yo allí también? ¿Estamos “revestidos de humildad” (1 P. 5:5) y ataviados con el traje de boda de la justicia del Redentor? ¿Nos hemos apartado de los ídolos para servir al Dios viviente? ¿Somos conscientes de nuestro propio vacío y volamos hacia la plenitud de un Salvador para obtener

gracia y fortaleza? ¿Vivimos en Él, según Él, por Él y con Él? ¿Es Él nuestro todo en todo? ¿Estábamos “perdidos” y fuimos “hallados”, estábamos “muertos” y fuimos “revividos” (Lc. 15:24, 32)?

Pobre lector, la hija del lechero era una niña *pobre* e hija de un hombre *pobre*. En esto se parece usted a ella, pero ¿se parece a ella como ella se parecía a Cristo? ¿Se ha *enriquecido* por la fe? ¿Tiene una corona reservada para usted? ¿Está su corazón puesto en las riquezas celestiales? Si no es así, lea esta historia una vez más y, luego, ore fervientemente por una fe igualmente preciosa. Si por la gracia, ama y sirve al Redentor que salvó a la hija del lechero, la gracia, la paz y la misericordia sean con usted. Le han caído cuerdas en lugares deleitosos; tiene una buena herencia (Sal. 16:6). Avanza en el deber y espera en el Señor, poseyendo su alma con santa paciencia. Acaba de estar conmigo en la tumba de una creyente fallecida. Ahora, “... tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días” (Dn. 12:13).

Nota

La madre falleció unos seis meses después que su hija y tengo buenas razones para creer que Dios fue misericordioso con ella y la tomó para sí. Que todo hijo convertido así, trabaje y ore por la salvación de sus padres inconversos. El padre vivió un tiempo más y adornó su vejez con un caminar y una conversación dignas del Evangelio. No puedo dudar de que la hija y sus padres ahora se encuentran juntos en “la tierra de los placeres puros, donde reinan los santos inmortales”.

Visitas a la Isla de Wight

De un artículo del *London Baptist Missionary Magazine* (Revista Misionera Bautista de Londres), extraemos los siguientes comentarios interesantes:

Al día siguiente, 16 de julio de 1823, visitamos la cabaña donde había residido *la hija del lechero* y donde acabó los días de su peregrinaje. Su madre, nos informaron, no sobrevivió por mucho tiempo a su afectuosa hija y supimos que el anciano lechero había fallecido hacia algunos años. La cabaña ahora, está ocupada por su hermano y su esposa, a quienes vimos y, entre otros detalles interesantes, nos complació mucho ver la Biblia de Elizabeth. Al inspeccionarla vimos, no sólo su propia letra, sino también la de una sucesión de antepasados durante más de un siglo antes de su muerte.

Continuando por el mismo terreno que había hecho el cortejo fúnebre, llegamos al cementerio de la iglesia de Arreton, donde encontramos, sin dificultad, la tumba

que buscábamos. De hecho, todos los niños parecían perfectamente familiarizados con el lugar.

Las interesantes *Memorias de Legh Richmond*, escritas por el reverendo T.S. Grimshaw, acerca del autor de *La hija del lechero* (Dairyman's Daughter), *La niña de la humilde cabaña* (The Young Cottager)¹⁰ y *El sirviente africano* (The African Servant), corroboran cada uno de esos tratados como una narración de hechos que ocurrieron bajo el ministerio del autor en la Isla de Wight, donde trabajó casi ocho años hasta 1805 cuando fue trasladado a Turvey, donde murió en mayo de 1827 a los 56 años de edad y a los 30 años de su ministerio.

Estos registros contienen una carta del sr. John Higgins, un amigo del reverendo sr. Richmond, quien, habiendo obtenido su permiso para examinar las cartas originales de *la hija del lechero*, dice: “Fue un placer y una sorpresa encontrar en la lectura de los originales que estaban, en todos los aspectos, como él los había presentado, con la excepción de la mala ortografía, el uso innecesario de letras mayúsculas y una palabra que, aquí y allá, agregó u omitió para hacer el significado de la joven más inteligible”.

Muchos años después, el reverendo Charles S. Robinson, D.D., de Nueva York, visitó la isla y, en un artículo escrito poco después, leemos lo siguiente:

En una de las habitaciones del segundo piso en la vieja casa de la calle Nassau, solían estar dos objetos singulares, que los extraños visitaban con peculiar interés.

Uno de ellos es un armazón de barras y postes de madera, similar a un biombo domestico, de seis u ocho

¹⁰ Disponible en CHAPEL LIBRARY.

pies de alto, armado con ganchos, bisagras y picaportes de manera que podía ser desarmado, doblado y cargado fácilmente de un lugar a otro. Esto está bien autenticado como el púlpito ambulante de Whitefield, el que llevaba consigo y desde el que solía dirigirse a los miles que acudían en masa para escuchar su voz.

La otra, era una sencilla silla de cabaña, de respaldo alto, con el asiento hundido, con un cojín jaspeado, sin mecedoras, hecho de roble, sin pintar y sin barnizar. Era una butaca simple como la que se encuentra en cualquier aldea de Inglaterra en las mejores habitaciones de los hombres de clase obrera. Ésta es la silla en la que se sentó la hija del lechero en aquellos terribles días de deterioro, cuando Legh Richmond la visitaba y conversaba con ella. Y yo, llamo a esas dos estructuras, tan singularmente unidas, Los dos púlpitos. Cada uno tenía un predicador y Dios los honró a ambos. Uno anunciaba el Evangelio en un ministerio de celo casi apostólico, la otra, lo susurraba en un ministerio de paciente sufrimiento y, una vez finalizada la prueba, dio su vida al mundo para que la recordaran todas las edades. “Ella estando muerta, aun habla”. Sería una reflexión provechosa para muchos cristianos sobre qué tipo de tratado harían de sus vidas.

El día que arribamos a la Isla de Wight fue notable para nosotros. Lo primero que buscamos fue el castillo de Carisbrook como la manera más fácil de empezar nuestra excursión. Gran parte del muro permanece en pie, al igual que el antiguo portal. Mirando desde un fragmento de una torre, vimos una de las imágenes más hermosas que el ojo pudiera imaginar, que se extendía hacia el mar. El entorno de los lugares antiguos de Gran Bretaña es tan diferente a los de

nuestros países más nuevos, que difícilmente podrían imitarse en muchos años. Los setos son tan admirablemente pintorescos; los caminos son tan blancos, las aldeas están tan cubiertas de árboles y arbustos; los pequeños jardines son tan frescos; las iglesias son tan pintorescas con sus extraños portales y cementerios cerrados; las praderas están surcadas por senderos que traspasan los cercos que dividen los placenteros campos; de hecho, todos los paisajes son tan dulcemente pacíficos que uno se encuentra, sin pensarlo, sumido en un estado de ánimo tranquilo y meditativo, lleno de disfrute y, sin embargo, lleno de descanso. Todas las características naturales de la escena permanecen inalteradas hasta el día de hoy y uno no puede dejar de notar la extrema precisión, así como la maravillosa belleza literaria del pasaje, en el tratado que las describe.

A medida que avanzaba la tarde, continuamos nuestro viaje una o dos millas más para hacer una visita a la cabaña donde esta humilde hija de Dios vivió y murió. Permanece en buen estado de conservación, pero ahora no tiene ninguna característica notable, aparte de su historia. No hay recuerdos de auténtico valor en el lugar. La vivienda está un poco alejada del camino. Hay una habitación abajo y parece haber dos apartamentos arriba. El edificio tiene un piso y medio de altura; el gastado portón abre y cierra con una piedra y una cuerda; sobre la entrada se entrelaza un bonito rosal; el patio está bastante lleno de lilas, malvarrosas y madre selvas; tres grandes olmos se elevan entre los escalones y el camino; estos olmos, creo, se mencionan en el tratado. Un pintoresco techo de paja con pesados aleros que cubrían la entrada y una larga hilera de acebos con hojas relucientes al frente,

hacían que la imagen de la vivienda fuera bastante agradable de ver desde la distancia.

La tumba

Es fácil encontrar el camino a la iglesia y al cementerio donde está la tumba de la hija del lechero. El antiguo edificio, aún permanece y se utiliza como casa de oración. Una estructura cuadrada de piedra con una torre de quinientos años, con algunas hiedras en los costados y el techo. Adentro parece frío y desagradable, las bancas de respaldo alto, torpemente dispuestas, sin pintar, con paneles de roble, sin cojines e incómodas; la mano del tiempo parece no haber cambiado nada, su único efecto visible es hacer más triste e incómodo el viejo y pequeño edificio y todos sus accesorios.

Siempre es una locura intentar reproducir para los demás, el vaivén de nuestras propias sensibilidades, pero tengo el claro convencimiento de que ningún hombre puede leer *La hija del lechero* junto a la tumba de Elizabeth Wallbridge, sin ser trasladado al centro mismo de sus mejores sentimientos.

La tumba de la hija del lechero es muy modesta, un simple montículo, con una simple lápida de piedra erigida encima. Una niña de diez años nos había seguido discretamente a través de la puerta y ahora, mientras me sentaba en el césped para descifrar la inscripción, ella se inclinó sobre la parte posterior del monumento y la repitió, palabra por palabra, mientras yo la anotaba en mi cuaderno de sus labios:

EN MEMORIA DE
ELIZABETH WALLBRIDGE
“LA HIJA DEL LECHERO”
FALLECIDA EL 30 DE MAYO DE 1801,
A LOS 31 AÑOS.
“ELLA ESTANDO MUERTA, AÚN HABLA”.

Forastero, si alguna vez por
casualidad o por sentimiento,
tus pasos te traen sobre este césped sagrado,
vuélvete de la contemplación de este césped
y piensa en ella, cuyo espíritu descansa con Dios.
Humilde su suerte en la tierra; pero el que trajo
noticias de gracia y bendiciones a los pobres,
le dio su verdad y fidelidad para probar
los placeres más selectos de su amor ilimitado:
La fe, que disipó las aflicciones de
la penumbra más oscura;
Esperanza, que pudiera alentar el paso a la tumba;
Paz, que ni las legiones oscuras del
infierno podrían destruir;
Y amor que llenó el alma de gozo celestial.
Muerte de su aguijón desarmada,
ella no conoció el miedo,
pero saboreó el cielo mientras permanecía aquí.
Oh, feliz santa, que nosotros, como tú,
seamos bendecidos:
en la vida seamos fieles y en la
muerte encontremos descanso.



La iglesia en Arreton

Posdata

Este tratado se ha traducido a muchos idiomas y se han distribuido muchos millones de copias. Parece haber sido honrado de manera significativa por el Espíritu Santo como instrumento de evangelización.

El jefe de correos de Arreton escribe, en respuesta a una reciente carta pidiendo información, que la cabaña de la hija del lechero todavía está en pie, aunque renovada, y que la habitación en la que murió Elizabeth se conserva intacta. Ninguno de sus parientes vive ahora en el vecindario. Su lápida se conserva en muy buen estado y es visitada por muchas personas. Agrega que los Amigos Wesleyanos han construido una capilla cerca y la llamaron “Capilla conmemorativa de la hija del lechero”.



La cabaña del lechero

